

El Escritor Puertas Adentro:

Vicente Gerbasi

## Poeta, venezolano e inmigrante

MARY FERRERO

*Vicente Gerbasi ha llegado a la grandeza de la poesía por el lado de la sensibilidad. En muy pocos, como en él, la vida está tan identificada con la obra. Vicente es el poeta amado de todos y amoroso, espléndido y gratificante, en quien la risa de la infancia y la belleza del mundo se han ido aposentando lentamente, como en los buenos vinos. Su casa de Cumbres de Curumo es de los poetas, los hijos, los nietos... Sobre una repisa, algunos de los entrañables afectos: la foto de los padres, de Rómulo Gallegos, de Raúl Leoni. En la acogedora terraza lo acompaña Consuelo, la gran compañera. Y la proverbial botella de whisky propicia la plática, que desde el primer trago se llena de los rumos ríos de Canoabo...*

"Canoabo, en el estado Carabobo: Allí nací, en el año 13. Cuando mi padre, italiano, decidió que yo, conjuntamente con mis seis hermanos, nos fuéramos a Italia a estudiar, hasta ese tiempo y hasta mucho después, hasta el año 30, Canoabo estaba completamente incomunicado del resto del mundo. El pueblo estaba rodeado de montañas, de haciendas de café y de selvas. Había que salir de allí por un camino mular. El único contacto que tenía Canoabo con el resto del mundo, a través de Valencia, era un teléfono, que manipulaban unas parientes de Arturo Uslar Pietri. Parte de la familia de Uslar es de esa región. Allí está el Alto de Uslar, por donde vino Páez a la batalla de Carabobo. Entonces yo creía que el mundo terminaba en la cumbre de las montañas.

**Se le reconoce como a uno de los más grandes poetas venezolanos. Ha viajado mucho, vivido intensamente. La belleza de los países mediterráneos, los helados paisajes nórdicos, los noches transparentes de Israel están en su poesía. Todo el mundo que lo esperó detrás de las cumbres de Canoabo.**

"Tenía 10 años el día que salí de Canoabo: ese día descubrí el mundo. Llegué a Urama y vi por primera vez la carretera, una carretera de tierra, pero carretera. Allí había dos automóviles, dos de esos Fordcitos de capote plegable, en los cuales se transportó toda la familia. Era la primera vez que yo veía un automóvil. Pasando por El Palito vi por primera vez el mar. Sobre el mar había barquitos de pescadores, había un buque grande, veleros... y cuando llegamos a Puerto Cabello, Puerto Cabello me pareció Nueva York. Llegamos a un hotel que se llamaba Universal. Yo subí inmediatamente a la azotea de aquel edificio de dos pisos. Desde allí vi una casa donde se alojaban los arrieros, casa con anchos patios y corredores, donde colgaban hamacas. Los arrieros desenjalaban las bestias y entre las mulas y los burros vi algunas ovejas. Yo solamente había visto ovejas en una revista italiana que traía mi padre, que se llamaba "La Domenica del Corriere", que tenía una portada a colores... De allí mi padre me llevó a visitar una familia italiana, los Palermo, que tenían un restaurante. En un rincón del negocio había una vitrina con unas bomboneras de cristal y en las bomboneras unos chocolates envueltos en papeles brillantes de oro y plata. Nunca había visto yo chocolates de oro y plata.

**La experiencia italiana es decisiva para Gerbasi. De algún modo prefigura la tremenda carga emotiva, de desarraigo y amor, que más tarde aparecerá en Mi padre el inmigrante, uno de sus libros más importantes, considerado un clásico de la poesía venezolana.**

"Me enviaron a un pueblito llamado cámpora, en los Apeninos del sur. Allí vivía un hombre que había sido profesor de mi tío en la Universidad de Nápoles. Estaba retirado y se dedicaba a cuidar sus bienas, viñedos, trigales y rebaños de ovejas. Fue para mí un maravilloso profesor roussoniano, que nos daba clase en el campo, con nieve o con sol. Fue una verdadera experiencia pastoril. Por otra parte, aunque nunca nos lo dijo, yo creo que el profesor era un poeta, por la manera en que nos hablaba. Al terminar la escuela elemental, me enviaron a Florencia. Allí estuve hasta los 17 años, interno, en un colegio que ya no existe, el Convicto Cavour.

**La muerte del padre en Canoabo marca el regreso a Venezuela. Época de crisis en el campo venezolano por la caída del café. La familia arruinada. Vicente,**

**con un caballo blanco, recorre la región en busca de alivio a la desastrosa situación económica. Dos años en que se reintegra al país, se hace coleador de toros, hombre de monte y de río y en su caballo blanco visita a su bella novia, a quien todavía recuerda con emoción al decir que ya está casada y tiene siete hijos. De allí a Valencia, donde trabajará en el Banco de Venezuela.**

"El Banco de Venezuela fue para mí otra gran escuela. Allí ganaba 120 bolívares. Muchos de mis compañeros del banco han llegado a ser grandes potentados. Creo que fue entonces que comencé a escribir poesía. En Italia no lo había hecho. Allí, en el colegio de Florencia, comencé a escribir una novela salgariana. Claro, yo había leído a Dante, a Virgilio, a Homero, en el bachillerato. Pero no había logrado verdaderamente entender cómo se hacía el arte de la poesía. Entonces comencé a escribir como si nunca hubiera leído nada: comencé a escribir por razones de sensibilidad.

**Hombre de profundas convicciones democráticas, Gerbasi recuerda sin rencor la miseria y el desamparo en que vivió durante la época gomecista. A partir de la democracia ha obtenido los máximos reconocimientos a su tarea poética, ha representado a Venezuela como embajador en varios países, ha llegado a ser maestro de generaciones de poetas. Sin embargo, se complace extraordinariamente en recordar esa picaresca de la miseria que él y Otto de Sola vivieron en la Venezuela aldeana.**

"Nunca olvidaré el día que vi por primera vez a Otto de Sola. Venía por el Capitolio de Valencia, vestido como un almirante, todo de blanco con una chaqueta con botones dorados. Traía un perrito lanudo, muy fino, al que llevaba, como a un burro, amarrado con un mecate. Era un personaje extraordinario. Un día, al poco tiempo de conocernos, mientras tomábamos unas cervezas, me dijo: 'Mira, Vicente, todo eso que tú escribes es muy malo. Rómpelo'. Y yo lo rompí. Ahora pienso que no debí hacerlo. Otto era muy caprichoso y, como a todo poeta, no había que hacerle mucho caso. Además, lo que él escribía era tan malo como lo mío. En fin, Otto me subyugó con su increíble personalidad. Por él dejé mi trabajo en el Banco de Venezuela y me dediqué a correr la aventura. Nos fuimos a Puerto Cabello. Más tarde a Caracas.

**Ha llegado el final de la época de Gómez. Gerbasi se inscribe, en Valencia, en ORBE, el partido fundado por Rómulo Betancourt. Al llegar a Caracas se dedica a trabajar como periodista. Se funda el grupo Viernes, decisivo en la vida literaria del país. Comienza la vida de las tertullas, con los poetas Rodolfo Moleiro, Enrique Planchart, Luis Barrios Cruz, Fernando Paz Castillo...**

"Nos reuníamos los sábados en casa de Jacinto Fombona, quien entonces ya estaba casado con Julieta. Hablábamos de poesía. Nosotros no les contábamos a los Fombona cuál era nuestra situación económica, pero pienso que ellos debían notar que siempre llevábamos el mismo pantalón y el mismo saco. Para mantenernos pulcros, antes de las tertullas Otto y yo íbamos a una extraña y maravillosa lavandería, que estaba en la esquina de San Pablo. Allí nos quitábamos la ropa, y en interiores y sentados en cajones keroseneros, leíamos "El Heraldó", como unos príncipes, mientras nos la lavaban.

**Ya la época de la miseria se termina, da paso a una nueva etapa. Recuerda, para terminar, los días en que fue maestro alfabetizador, durante el régimen de López Contreras.**

"Trabajaba para el Ministerio de Obras Públicas, alfabetizando a los obreros que construían el viejo ramal de la vieja carretera de La Guaira. Hasta allí iba yo, con mi cartilla. Eran hombres rudos, hombres íntegros y poco comunicativos. Fue una experiencia que jamás en mi vida he vuelto a sentir con tanta intensidad. Jamás he vuelto a probar una comida tan sabrosa como la que aquellos hombres llevaban en sus viandas y compartían entre todos. Ni he vuelto a sentir la emoción, en el abrazo de despedida de aquellos obreros, el día que tuve que marcharme... las lágrimas de niño de un gigante morenote que me dijo: — ¡Maestro, es que ahora sé leer!...".